

DE HUMOR APOCALÍPTICO

DE HUMOR APOCALÍPTICO

José María Maesa

Primera edición, 2014

© José María Maesa Márquez, 2014

© Triskel Ediciones, 2014

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

ISBN: 978-84-941453-7-7



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB
41009, Sevilla, España
Triskelediciones@triskelediciones.es
www.triskelediciones.es

Diseño portada: José Antonio García Domínguez

EDITADO EN ESPAÑA
PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Parábolas, hipérboles y profecías

-I-

Invocando el apocalipsis

El otro día le comenté a un amigo:

- Estoy de humor apocalíptico.

- Ah, muy bien.

De mis cientos y cientos de amigos no elegí al más locuaz. Tampoco es que eligiera el mejor momento para la confesión, estábamos en pleno concierto de música barroca. Pero es que aquella preciosa música en aquel solemne lugar -era la Iglesia de la Anunciación- me relajó de tal modo, que sentía como el Apocalipsis fluía por las venas de mis brazos alimentando la yema de mis dedos que ardían en deseos de teclear descontrolados armagedones e invocar bestias del averno.

Pero mi humor apocalíptico no es un estado pasajero. Es más bien una cualidad permanente que puede estimularse por los más variados medios y que se apoya en mis grandes virtudes: la frustración, la fobia social y la ineptitud, para obligarme a vomitar profecías y parábolas embadurnadas de Apocalipsis.

Por poner un ejemplo que añada un poco de oscuridad tenebrosa a esta explicación innecesaria, imaginemos que mañana tuviera lugar ese gran momento del año:

Es veintitantos de diciembre, y el espíritu de la fraternidad hipócrita y la inercia inútil e irreflexiva llamada tradición hacen que mi departamento organice la rutinaria comida de Navidad. ¡Estupendo!, es la excusa idónea para que todos aquellos agobiados por sus rutinas pero que no se atreven a reconocerlo, se agarren al triste clavo ardiendo de este supremo coñazo para emborracharse y que eso les haga sentirse otros durante un rato, aún

permaneciendo dentro del mismo lamentable montón de carne que siempre han sido y serán. La insufrible compañera que no para de contar sus anécdotas lacerantemente vulgares, aunque extraordinariamente detalladas, que siempre implican a su apasionante marido y a su deslumbrante pueblo que nos aburren a todos salvo al jefe chistoso que se divierte por su cuenta sin parar de lanzar improperios y ocurrencias estúpidas que caen siempre en la franja de tierra entre el mal gusto y el acoso sexual hacia la chica y su escote de las Marianas, y que sólo se lo tolera porque piensa que eso y sus nadas sutiles coqueteos con él y con todo pene que le rodee le abrirán puertas, cuando sólo le abrirán las puertas de su propio dormitorio. Aunque es poco probable que las cruce el ruidoso y maleducado y tal vez un pelín apestoso de tu compañero que no para de darle la chapa al muermo que tiene a su lado hablándole de fútbol, que no le interesa, intercalándolo con hábiles exhortaciones e incitaciones para que deje de hacerse el rarito y se tome una puta cerveza, y éste que no es capaz de mandarlo a tomar por culo y decirle que ya es tarde, que está incómodo en su papel de rarito, pero que ya en su papel, y que ello incluye la consideración del fútbol como un entretenimiento para cerebros zafios y el ser abstemio, que no hay nada que hacer al respecto, salvo tragarse la apestosa frustración con más fruición que la cerveza y luego, al llegar a casa, o mañana, u otro día, ya bien rumiado todo, por sí sólo o sumado a otros acontecimientos, dejar surgir la profecía, la parábola y la palabra del dios cabreado que habita en su interior.

-Tío, tú no estás bien, es que yo creo que deberías ir al psicólogo.

-Y yo creo que tú deberías meterte el dedo por el culo, estoy seguro que le encontrarías el gusto.

-Vale, pues hacemos una cosa, te prometo que intentaré lo del dedo si tú llamas a este tipo. Tómalo como una charla con un colega, te aseguro que a mí me fue de puta madre.

-Francamente, no creo que debas de renunciar a meterte el dedo con esta facilidad, porque yo te puedo asegurar que no voy a poner en riesgo mi humor

apocalíptico por tener una charla con un colega que me cobra cincuenta pavos la hora.

- Sesenta.

- Ah, pues entonces sí.

Es que yo soy de metabolismo ultra-lento, lo que vulgarmente se llama sangre de horchata. Aunque no sé de dónde vendrá esa expresión, porque el hecho es que la horchata tiene bastante sustancia, es rica en azúcares, y si es buena, de la artesana, tiene un poso y una consistencia considerables, como una suave densidad que te acaricia sensualmente al pasar por tu boca. Vale que no es tan espesa como la sangre, pero hubiera sido mucho más apropiado decir sangre de agua, o sangre de pipí, o sangre de limpiacristales, o sangre de saliva o sangre de cualquier otra cosa, ¿pero por qué de horchata? Me indigna porque me encanta la horchata, y me duele que me acusen de deleitarme bebiendo mi propia sangre, ¿en qué clase de vampiro fracasado me convertiría eso? La cuestión aquí es que yo necesito un tiempo extra, un tiempo muerto, que por supuesto no existe y que me lo cobro al exudar cuentos y relatos, así como otras perpetraciones literarias inefables que pretenden suplir mi incapacidad oral con una extemporánea e ineficaz expresión escrita.

Por supuesto que no fui al psicólogo como me propuso mi querido amigo, no el locuaz del concierto en la iglesia, sino otro, aunque tampoco es que haya muchos, pero bueno, no pondré sus nombres, así dará sensación de que son más, o de que no hay ninguno, que para el caso es lo mismo. Pues no acudí al psicólogo porque imagino que hubiera pensado de mí algo como: “este Bukowski de pacotilla es aún más perdedor de lo que él piensa, pues no solo se limita a fracasar, sino que encima lo hace de una forma ostensiblemente mediocre, es para vomitar”.

Odio vomitar, o que alguien vomite, o verlo, u olerlo; en cambio leerlo o, sobre todo, escribirlo, me encanta, pues las letras no contienen más que su significado e infinitas cosas más, pero no huelen, ni tienen tacto, ni saben a

nada... vamos, que en realidad no son absolutamente nada. Y jugar con algo que se llama vómito pero que no es nada me da una cierta sensación de poder e invulnerabilidad. Y además no quise pagar sesenta pavos por sesión, y lo que sí que hice fue seguir escribiendo como poseído por una necesidad de sacar de mí todo rastro de la Divinidad, cualquier traza de palabra sagrada que acudiera a mí en forma de alegoría o gloriosa metáfora de nuestro tiempo y del porvenir. Para empezar, elaboré una serie de cuentos enfermizos como yo mismo, como esta ciudad, como el mundo, como la naturaleza:

Parábolas

Excreción

Qu'ai-je donc? C'est lui, lui, le Horla,
qui me hante, qui me fait penser ces folies !
Il est en moi, il devient mon âme ; je le tuerai !
Guy de Maupassant – El Horla

No creo que se trate de ingratitud. Es más, creo que en todo caso se me sigue debiendo a mí. No sé qué, pero algo. Han sido 89 años, casi 90, de total entrega, sin ni un plante, ni un descenso en la producción, ¡no he pedido la baja ni una sola vez! Y ahora, cuando por fin termina, que sí, que no te digo que no haya disfrutado, que ha sido una trayectoria bastante completa en la que al final todo ha salido relativamente bien, pero ahora ya ha acabado, ahora ya puedo contemplar todo el recorrido y sentirme satisfecho, o no, pero al menos relajado. Y vienes tú y me dices que estás muy contento conmigo, que he sido un empleado ejemplar, y que me concedes otra vida. Pues mira, no la quiero, quiero el descanso eterno, ya sea éste habitar en un hoyo, la nada o el aburrimiento supremo, que no quiero otra vida, no me siento con ánimos, vamos.

- Justo cuando terminé de decir esto, con toda la energía fulgurosa que me imponía la indignación de más sólidos cimientos que había experimentado nunca, noté como Dios se movía en su silla de cuero negro haciéndolo crujir con violencia en el sólido silencio que se había impuesto tras mi destartado discursito. Levantó una mano justiciera, y sus ojos negros me miraron brillantes y furiosos a punto de... y claro, me he despertado.

- Un sueño bastante curioso. A ver si he entendido bien, Dios era tu jefe, y justo cuando te jubilabas, es decir, cuando morías, te pedía que volvieres a tu puesto de trabajo, pero empezando desde el principio.

- Muy bien, un análisis cojonudo el tuyo... no es por nada, pero eso sé hacerlo yo, así que espero no estar pagándote para que me repitas un sueño que yo he tenido pero con otras palabras.

- Sólo estaba situándome. Debes comprender que este es nuevo, que nunca me lo habías contado, y tengo que ubicarme un poco.

- Sí, pero insisto, me cobras por horas...

- Joder, ¡vale! Pues te descontaré un minuto.

- Un minuto no, más. Esta conversación está durando al menos tres.

- Bueno, pues tres. Y para no seguir descontando te diré: lo sorprendente de tu sueño no es el sueño en sí mismo, sino que por primera vez no ha aparecido tu hermano en él.

- Ya sabía yo que saldrías con eso. ¿No quedamos en la última sesión que íbamos a dejar a mi hermano en paz?

- Sí, pero es que no podemos dejarlo en paz. Me parece que es clave para entender tu problemática y buscar una solución.

- Pues menos mal que no te he dicho que en realidad mi jefe, es decir, Dios, era mi hermano.

- ¿Dios era tu hermano?

- Mira, mejor que lo dejemos. Te voy a hacer una confesión: soy hijo único.

- Pero entonces, todas las historias en las que aparecía tu hermano, ¿te las has inventado?

- No, las historias no. El personaje de mi hermano sí.

- Muy interesante.

- No, no tiene nada de interesante. Acabo de ser casi sincero por primera vez, te he contado un sueño, que aunque no lo he tenido, podría haberlo tenido. Todo lo que te había contado hasta ahora eran invenciones absolutas.

- De todas formas soy yo el que debe juzgar si esas historias son importantes o no para mi trabajo.

- No, esas historias son una mierda, y por culpa de ellas ahora, cuando soy franco, no tienes ni puta idea de lo que estoy haciendo y me preguntas por mi hermano. Lo siento, esto ha sido un error.

Sin añadir nada más, me levanté y abandoné aquella infructuosa iniciativa en forma de consulta de psicólogo, no sin antes detenerme en la mesa a la que se sentaba la secretaria para pagarle lo que le debiera. Aquella muchacha era tan anodina y cometía tantos errores al dar las citas y al cobrar que pensé que o bien le pagaba fatal, o su presencia allí era motivo suficiente para pagarle un psicólogo al psicólogo. Esta estúpida reflexión sirvió para reafirmar mi decisión aún antes de cruzar la puerta.

Sin embargo, al salir a la calle la solidez de mi decisión se evaporó al contacto con el primer rayo de sol. Yo sabía que él había emprendido una buena ruta. Mi hermano no existía, pero ese personaje de mis historietas lo interpretaba el mismo individuo indiscutiblemente real en todas ellas, y el psicólogo había comprendido y acertado en su importancia.

Entré en el primer bar con que me tropecé, una destartalada cervecería con el suelo lleno de cáscaras de altramuces y servilletas usadas. Me pedí una cerveza tras otra hasta que mi estómago no aguantó más la tensión. Entonces pagué, y es curioso, pero la camarera me recordó a la secretaria del loquero. Tal vez fueran gemelas. O tal vez era una chica más especial de lo que parecía, y era capaz de estar en una cervecería cochambrosa y en una consulta al mismo tiempo. Aunque aquella fuese su única habilidad, creo que era suficiente para justificar su existencia.

Salí del bar y comencé a caminar lo más rápido que pude en dirección a mi casa. Estaba muy lejos, porque había escogido la consulta basándome en dos criterios: que fuera la más barata y la más alejada de las zonas por las que me solía mover. Sólo pensar que me pudiera encontrar con algún conocido entrando o saliendo de la consulta, o peor aún, en la sala de espera, y que

tuviera que darle explicaciones improvisadas o incluso reales, me agudizaba la depresión esquizofrénica o psicótica o lo que fuera.

Mientras caminaba a toda velocidad imaginé dos cosas. Una, que yo debía ser un auténtico esperpento, con mi enorme barriga hinchada de cerveza abultando bajo la camisa sudada impulsada por grotescas zancadas, que obviamente carecían por completo de procedencia y de destino auténticos. Y dos, que una vez más mi descomunal cobardía se había hecho dueña de la situación: en seis sesiones había sido incapaz de contarle el verdadero motivo de mi presencia allí. Es más, ni siquiera había mencionado el nombre de Ignacio. Y hoy, que por primera vez había contado algo jugoso, no he soportado la presión y lo he echado todo a perder. Mientras proseguía con mi esperpéntica marcha, aumentando los cercos húmedos de la camisa en mis axilas y, supuse, en la espalda, intentaba encontrar entre la gente que me iba cruzando alguien que pudiera superarme en ridiculez y, tal vez, en cobardía. Al cabo de diez minutos de intensa búsqueda no conseguí decidirme por nadie. En cambio sí que llegué a la conclusión de que debería darle una nueva oportunidad al psicólogo. Tal vez, sin que yo le tuviera que contar nada, él pudiera llegar a comprenderlo.

Entonces comencé a aminorar el ritmo porque recordé que en realidad yo no quería llegar a casa. Seguro que él estaría allí, y lo último que me apetecía era verlo y tener que hablar con él. Es curioso, aunque no era la primera vez que ocurría, era como si mis pensamientos lo invocaran o algo así, de repente alguien me tocó la espalda húmeda (debió de notar mi sudoración excesiva, lo que de entrada me puso nervioso porque eso, de alguna manera, me hacía comprender que esa persona era tan consciente como yo mismo de mi repulsivo aspecto) y resultó ser él, Ignacio, mi compañero de piso.

- ¿Qué haces por aquí?

- Pues nada. ¿Y tú?

- ¿Nada? Pues parecías ir muy decidido a nada. Yo trabajo aquí al lado, ¿no lo recuerdas?

Por supuesto que no lo recordaba. Es más, ni siquiera recordaba en qué trabajaba. Ni me interesaba lo más mínimo. Si lo hubiera sabido, lo último que hubiera decidido habría sido ir a aquél psicólogo, por el riesgo de cruzarme con el omnipresente Ignacio.

- Es verdad. Lo había olvidado.

- ¿Entonces?

- ¿Entonces qué?

- ¿Que qué haces aquí?

- Pues eso, nada, pasear.

- Bueno, tranquilo, no te pongas nervioso. Era pura curiosidad.

- Muy bien, ¿no tienes que volver al trabajo?

- No, iba a casa, así que te acompaño.

- Es que yo no voy a casa.

- Da igual, te acompaño de todas formas, no tengo nada que hacer.

¿Por qué aquél tipo me imponía constantemente su presencia? ¿Y por qué iba siempre hecho un auténtico pincel? ¿Por qué no se despeinaba, ni olía mal, ni se equivocaba, ni se cansaba de mí? Al principio supuse que sentía su vanidad satisfecha con el simple hecho de poder establecer una comparación constante con un tipo tan mediocre como yo. Pero después de los meses que llevábamos juntos, eso no podía seguir siendo válido. Había algo que lo ataba a mí, y no conseguía saber qué podría ser.

- Bueno, ya que sólo estabas paseando, supongo que no te importará si nos pasamos por una librería que hay por aquí cerca. Tengo que mirar unas cuantas cosas.

¿Y por qué yo no era capaz de decirle que no a nada ni ponerle objeciones serias? Sí que a veces me oponía, pero de alguna forma tenía asumido que al final acabaría cediendo. Por lo tanto, la mayor parte de las veces

consentía de entrada por simplificar. En aquella ocasión supe lo que iba a pasar de antemano. Enseguida se puso en modo erudito y pedante preguntándome si yo había leído a tal escritor de tal estilo o tal otro que había sido una influencia decisiva en la obra final del sucesor estilístico del último representante de la generación anterior al gran escritor que fue Dionisio Estridentoso:

- Pues no, la verdad es que nunca había oído hablar de ellos.

- ¡¿Entonces no conoces a Estridentoso?!

- No hace falta que te escandalices. No, no lo conozco.

- Pues tienes la obligación de comprarte su última novela. De hecho, me voy a permitir regalártela aprovechando que vamos a la librería. Tendrás que ponerte a leerla inmediatamente, porque sus 1800 páginas no son en absoluto sencillas de asimilar. ¡A mí me costó un par de semanas!

El mencionado tocho, titulado *La antinovela definitiva*, cuyas hojas nunca han sido mancilladas por mis manos u ojos, aún está ocupando un espacio precioso en mi mesilla, y fue, efectivamente, adquirido ese mismo día en la librería, sólo que al final lo pagué yo. Igual que los otros cinco libros que se compró Ignacio, ya que su tarjeta de manera casual no funcionó. Nunca ha llegado a devolverme el dinero.

La rápida visita a la librería nos llevó como hora y media. Fuimos recorriendo todas las secciones, con excepción hecha de la de Ciencia Ficción debido a que ésa sí hubiera resultado de mi interés. E Ignacio fue instruyéndome y escandalizándose cada vez que descubría que algún abstruso novelista o críptico filósofo no me resultaban desconocidos. Mi exasperación no tuvo límites. Mi paciencia tampoco. Ese día aprendí mucho. No de lo que Ignacio me contaba, sino de lo que puedo llegar a soportar.

Pero en realidad al explicar la presencia de Ignacio en mi vida por esta irrelevante anécdota es imposible que dé una idea de qué es él para mí. Tal vez sí lo explique el modo en el que él apareció... y el término aparecer no es figurativo.

Hace cosa de un año (¡ya hace un año!, casi no me lo puedo creer), una mañana de sábado como otra cualquiera en la que planeaba dormir hasta que tuviera que levantarme porque el agujero de mi estómago amenazase con engullirme a mí, lo cual no hubiera sido demasiado grave, pero lo que era peor, también lo haría con el resto del mundo, y yo no podía consentir que un lugar tan maravilloso como este mundo desapareciera absorbido por un agujero que no era más que nada en absoluto, me levanté y me dirigí a la cocina para rellenar mi estómago y su agujero con todo lo que encontrara, comenzando por los restos de la cena del día anterior.

Pero no llegué a la cena del día anterior. Un tipo alto (me sacaba varios centímetros) y elegante (vestía un precioso traje gris como cualquier otro) me lo impidió.

- Hola, soy Ignacio, tu nuevo compañero de piso -su amplia sonrisa era tan almibarada, que dejé de temer que el agujero de mi estómago supusiera un riesgo para el resto del mundo, aquella sonrisa podría inundar de felicidad mi agujero y el planeta entero.

- Perdona, ¿mi qué? ¿Cómo has entrado en mi casa? -obviamente estas frases las dije balbuceando tanto que no sé cómo pudo entenderme.

- Pues mi tía, es decir, la dueña de este piso me ha abierto. ¿No te ha comentado nada sobre mi llegada? -¡el cabrón no relajaba la sonrisa ni un momento! Podría ser grotesco si no fuera porque aquella estúpida sonrisa le hacía aún más atractivo de lo que ya era.

- A deducir de mi reacción sorprendida, se diría que no.

- No hay problema. Te explico yo. Verás que fácil lo entiendes -su almíbar risueño comenzaba a desconcertarme, pues se diría que se burlaba de mí-. Supongo que sabrás que tu contrato de alquiler caducó el mes pasado.

- No tenía ni idea. Hace cinco años que lo firmé, no recordaba la fecha exacta.

- Pues así es. Entonces Dorotea, mi tía, tu casera, ha decidido que en el nuevo contrato ya no figurarás tú solo, sino que también entrará mi persona a formar parte de esta interesante y reducida comunidad.

- ¿Vas a vivir aquí?

- Sí, aprovechando que hay una habitación que no usas...

- ¿Te refieres a mi despacho?

- Bueno, tú estás en paro, ¿no? Así que no creo que lo uses mucho. Además, mi tía es muy desconfiada y opina que estando en paro te resultaría muy difícil pagar el alquiler completo, así que mejor si lo compartes conmigo.

- ¿Entonces a partir de ahora pago la mitad?

- No exactamente. Como tu habitación es un poco más grande no sería justo que pagásemos lo mismo.

- ¿Perdón? -aquel sonriente ocupa me hablaba de justicia.

- 60 - 40.

- ¡¿Cómo?!

- Yo pago el 40% y tú el 60%... que conste que no son mis condiciones, sino las de mi tía. Siempre podemos llamarla y discutirlo con ella.

- No, no, déjalo -la opción de eludir una discusión con aquella histérica que yo tenía por casera y él por tía, bien valía asumir aquel atropello.

Desde aquel día nada nos ha separado, mucho menos mi profundo anhelo de conseguirlo. Hemos sido como alguien y su sombra, con la objeción de que la sombra, que soy yo, es el que es perseguido.

Tardé al menos dos meses en darme cuenta de la situación en la que estaba metido. Yo me había pasado muchos años viviendo solo, al principio llegue a decirme a mí mismo que hasta estaba bien el cambio, que llevaba demasiado tiempo sin contacto con la sociedad y que tener un compañero de piso podría venirme hasta bien. Uno de los peores errores cometidos por el ser humano se produjo cuando fui consecuente con mis auto-consejos y decidí empezar con buen pie la relación con Ignacio. De alguna forma, el ser amable

con él en una o tal vez dos ocasiones, activó algún sistema irreversible en él que lo convirtió en lo que hoy por hoy sigue siendo: un monstruo ineludiblemente presente con sus encantos y múltiples cualidades siempre a flor de piel.

Me resulta imposible escapar a su presencia deprimente, ya que es esto mismo, la profunda depresión que él me provoca, lo que me impide hacer algo constructivo en mi vida y poder encontrar un empleo, y sin empleo se acabó cualquier opción de huída a otro piso, pues ni tengo dinero suficiente para afrontar el alquiler yo solo, ni ningún propietario se fiaría de mí. Estoy encerrado en mi depresión desde hace un año, y lo peor es que sé cuál es la causa de la misma, pero no puedo evitarla, eso hace que a la depresión se sume una cada vez mayor rabia. Obviamente, ya sé que hay otra salida. Y estoy haciendo preparativos para ello. Ya sólo me queda perfilar el modo en el que me desharé del cadáver.

Fue hace unos seis meses cuando llegué al punto sin retorno. No sé cómo ni por qué, supongo que igual que el resto de las cosas que me han sucedido con Ignacio, tan sólo me dejé embaucar aún sabiendo que estaba siendo embaucado. El caso es que acepté salir por la noche con él, su amante de entonces, es obvio que era un pibón, y una amiga de ella, que no sé si es necesario que diga que resultó ser una chica interesante desde un punto de vista darwiniano. Pero esa noche yo estaba extrañamente animado, ni siquiera la aparición de aquello me desanimó. Supongo que los dos cubatas que me había tomado en casa antes de salir, más los cuatro que los siguieron a la velocidad de consumo de un reactor, ayudaron.

Tal y como yo lo recuerdo, me hice con la situación desde el primer momento. Creo que Ignacio me había pasado sus habituales superpoderes, porque era yo el que no paraba de hacerles reír, estremecer o sorprender con mi supuesta erudición. Hubo un momento en la noche en el que mi dominio era tan absoluto que llegué a fantasear con cambiar nuestras parejas y quedarme con el pibón de Ignacio.

Después de ese momento, mi “cita” se levantó de la mesa en la que estábamos instalados hacía un buen rato, para ir a la barra a pedir más bebidas. Ahora no estoy seguro, pero yo lo recuerdo sin solución de continuidad, como si se hubiera dirigido a la barra impulsada por una carcajada provocada por mí. Yo seguí con mi triunfal escalada, pensé estar rozando la gloria con la punta de los dedos: Ignacio hacía eones que no decía nada, ni siquiera reía mis geniales ocurrencias. Los minutos pasaron y entonces recordé que el adefesio que me correspondía no había vuelto de la barra. Giré la cabeza para comprobar por qué tardaba tanto y enseguida entendí que se demoraba porque se estaba liando con el aparcacoches yonqui de mi barrio, o si no era él, aquél tío debía de haber sido clonado a partir de él.

Al cabo de una media hora se acercó a la mesa y se despidió diciéndonos que se iba con el flamante clon del aparcacoches y sus ostensibles caries (no se las vi, pero obviamente debía tenerlas, pues es una tendencia que habría heredado de su progenitor genético). Al parecer estaba encantada de haberme conocido y se había divertido mucho conmigo. Para cuando esta información me fue revelada yo ya llevaba media hora soportando a Ignacio y su beldad metiéndose mano. ¿Por qué? ¿Por qué no me largué en el primer momento? ¿Por qué regodearme en el jugo del fracaso de aquella forma? Creo que esto es así desde el primer día, existe un acuerdo tácito entre yo y yo mismo con respecto a Ignacio: o él me obliga a suicidarme, o él me obliga a matarlo, y tengo que llegar hasta el final.

Después de este suceso me volví dócil como un tierno cachorrito de perro imbécil. Mi voluntad no existía para Ignacio. No es que en realidad hubiera existido antes, pero hasta entonces yo no había sido consciente de su total ausencia. Mi misión en la vida se definió de forma clara y consistía en la más profunda humillación infame e ignominiosa que el universo haya albergado en su seno. Creo que cumplí mi cometido en la vida. Y varias veces además. Cuando alcancé la cuarta vez que lo cumplía, mi estado de ánimo hacía

tiempo que no era merecedor de tal nombre, y cuando al llegar la noche mi depresión se agudizaba hasta el punto de que mis piernas se negaban a soportar el montón de estiércol en el que me transformaba, me arrastraba hasta la cama y allí me pasaba la noche sin poder dormir a causa de las convulsiones que el asco que yo mismo me daba me producían. Entonces decidí tomar medidas para salir de aquella situación, y al día siguiente le hice una visita a la esquizofrénica histérica de mi casera y tía de Ignacio.

Dorotea, mi querida casera, me escuchó con atención mientras yo le contaba cómo su sobrino me había transformado en el desecho humano que en ese momento le contaba aquello. Le dije que estaba dispuesto incluso a seguir viviendo con él, pero que por favor le dijera que se limitara a ignorarme, igual que si yo fuera un mueble feo y apestoso, y no un ser antiguamente humano feo y apestoso. Le rogué que me ayudara, porque la última gota de dignidad la estaba gastando con ella.

Dorotea me miró en silencio una eternidad de segundos a través de sus gafas de grosor desmesurado. Al cabo emitió lo que acabó siendo una condena:

- Creo que deberías buscarte un buen psiquiatra. Yo soy hija única y nunca he tenido sobrinos. Te aseguro que tú siempre has vivido solo en ese piso.

- Muy bien, ¿Y cómo puedo estar seguro de que esta nueva historia que me cuentas sí que es verdad? Te la puedes estar inventando como todas las anteriores.

- Pues ahí está el problema que me ha traído a tu consulta, que llevo un año inventándome esta mierda de historia, pero yo mismo me la estoy creyendo.

- O sea, que el que aparecía en todas tus historias anteriores como tu hermano, era en realidad el tal Ignacio, tu compañero de piso inexistente.

- Parece que el título de psicólogo no es del todo inútil.

- Gracias. De hecho, te demostraré que es realmente útil. Y empezaré por explicarte por qué pienso que todo esto no tiene ningún sentido. Tú no eres el típico paranoide. Es más, es imposible que tú estés teniendo este tipo de ilusiones. Sin embargo, lo que creo que está sucediendo es que Ignacio está profundamente deprimido, probablemente debido a un desengaño amoroso. Esta aguda depresión le ha provocado un grave brote esquizoide que le ha hecho crearte a ti, que eres una imagen distorsionada de él mismo, su imagen de sí mismo, el motivo de su depresión. Y mírate, eres un motivo más que justificado para causar una depresión.

- Muy gracioso. Eres un psicólogo muy gracioso. Pero todo eso, ¿en qué te convierte a ti?

- Pues en tu psicólogo... un papel que, estaremos de acuerdo, es del todo inútil, pues ni estás enfermo, ya que lo tuyo no es enfermedad, sino condición, ni por lo tanto puedes sanar.

- Genial. Pues nada, creo que hoy no te pienso pagar la sesión...

- No sé si lo recuerdas, pero en realidad no me has pagado ninguna de las sesiones.

- ¿Ah no? Pues pregúntale a la inútil de tu secretaria que coño ha hecho con el dinero que le di.

Cuando salí de la consulta vi una vez más a la anodina y torpe secretaria del psicólogo. Estaba redactando, supongo que erróneamente, una factura o algo por el estilo. Me acerqué hasta ella y me quedé mirándola hasta que paró de hacer lo que estaba haciendo. Entonces le dije:

- Hola, me recuerdas, ¿no?

- Sí. Llevas viniendo algunas semanas.

- Sí. Ya no vendré más. Tu jefe ha terminado conmigo. Ha acertado con su diagnóstico mucho más de lo que él cree. Pero la verdad es que ahora sé que

yo no venía por su diagnóstico, ni para curarme. Pero es que pareces muuuuyyyy anodina, me ha costado darme cuenta, incluso siendo una excreción como soy. ¿A qué hora acabas aquí?

- Ya no me queda mucho. Un paciente más. Una hora, y nos vamos.

- Estupendo. Pues te espero en la cervecería esa que hay ahí abajo, ¿de acuerdo?

- De acuerdo.

- Me llamo Ignacio.

- Ya lo sé. Yo me llamo Sara.

- Hasta ahora, Sara.